

## ¿UNA GENERACIÓN ORTEGUIANA?

MENÉNDEZ ALZAMORA, Manuel: *La Generación del 14. Una aventura intelectual*. Madrid: Siglo XXI, 2006. 509 p.

FELIPE GONZÁLEZ ALCÁZAR

ORCID: 0000-0003-0992-6275

La incidencia del concepto de “generación” en la Historia de la Literatura en particular, y de la Cultura en general, ha fluctuado alternativamente entre la adhesión, a veces forzada, y el olvido consciente. Como nada en la vida suele mostrarse en blanco y negro, exceptuando las dicotomías filosóficas que suelen basarse en dualidades conceptuales aparentemente perceptibles (amor-odio, vida-muerte, movimiento-reposo, ¿razón y fe?...), el concepto de “generación”, después de sus vaivenes, ha vuelto a formar parte de la espina dorsal de la disposición *narrativa* de los panoramas últimos de algunas historiografías de nuestro entorno. No tardarán en volver a cristalizar en España sus esquemas englobadores tendentes a la oposición y transición entre momentos climáticos: el nacimiento de los protagonistas, la comunidad de trato y de vivencias sociopolíticas y culturales, el goteo de sus creaciones, las marcas decisivas y diferenciadoras frente al grupo anterior... Es decir, una nueva expectativa de comprensión del objeto cultural basado en un hecho humano inalterable: la cronología de sus vidas en un marco sociológico de existencia e intereses comunes. Y en auxilio del Neohistoricismo, sus métodos más fieles: el positivismo, el biografismo a lo Saint-Beuve,

con todas las aportaciones posibles del psicoanálisis freudiano para explicar el acto creador y sus consecuencias, en suma, un Idealismo conformador que admita en su seno revisiones y actualizaciones de los principios, al menos en lo que a la Crítica literaria se refiere, de la estilística o de la mitocrítica.

El problema con las “generaciones” suele consistir en que las personas que la integran difícilmente perciben hasta qué punto, a través de filias y fobias, coinciden con sus pares o, más complejo todavía, con las creaciones e iniciativas de los mismos. El mecanismo del reloj, la casilla que hay que rellenar en cada momento (la comunidad de intereses, el o los precursores, el año y acto decisivos, la nómina de componentes...) provoca demasiados debates y pocas unanimidades. El bautismo nominal suele crear polémica: ¿deberíamos superar pese a su éxito el término azoriano de 1913 de generación del “noventay ocho” o atender a la insistencia aperturista de Juan Ramón y marcar a todo ese período con la etiqueta de “modernismo”? ¿Acertó Homero Serís con “generación del 36” para aludir a aquellos, principalmente poetas, que formaron parte real de las trincheras en la Guerra Civil? En cualquier caso, ya conocemos con exactitud los vaivenes suscitados por la imposición de un antólogo que, más dubitativo o menos férreo, se limita a agrupar autores y libros: así García Hortelano con el “grupo poético de los años 50” y en su estela la denominación de “grupo poético del 27”.

### Cómo citar este artículo:

González Alcázar, F. (2008). ¿Una generación orteguiana? Reseña de “La Generación del 14. Una aventura intelectual” de Manuel Menéndez Alzamora. *Revista de Estudios Orteguianos*, (16/17), 300-307.

<https://doi.org/10.63487/reo.572>



Nada más clarificador que detenerse brevemente en el nombre mismo de “generación del 14” para validar mis palabras. Frente a la fecha iniciática del desastre en el grupo anterior, ahora debemos esperar a una reseña en Argentina, en *Realidad* de 1947, para que Lorenzo Luzuriaga concluya su valor emblemático con la perspectiva, ahora no orteguiana estrictamente, necesaria para razonar tres hitos que a sus coetáneos debieron de resultar difíciles de hilar: tanto la aportación de Ortega al espacio cultural-literario de la pasada conmemoración de un centenario en sus *Meditaciones del Quijote*, como su propuesta regeneradora de la conferencia “Vieja y nueva política” en la Comedia de Madrid, junto al comienzo de la Gran Guerra nos parecen eventos que difícilmente pueden sustentar en cantidades equiparables la definición de toda una generación. Quizás yo me encuentre predispuesto a admitir etiquetas más abiertas, como “novecentismo” o “Edad de Plata” o incluso más restringidas, como “Escuela de Madrid”, cuya coherencia interna reponde más claramente a una sistematización. No en vano, D’Ors, Pérez de Ayala, Zuloaga, Juan Ramón Jiménez, Azaña, Romero de Torres o Gómez de la Serna provocan en nosotros el aroma de toda una época muy dilatada y abierta pero fácilmente reconocible. De igual forma sucede con el listado de profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central a fines de la segunda década y en los 30: Ortega, Zubiri, Gaos, García Morente, Lapesa, Salinas, Rodríguez Huéscar, Marías...

Precisamente, Manuel Menéndez Alzamora, profesor de Teoría Política y Pensamiento Político Contemporáneo en la Universidad CEU-Cardenal Herrera Oria de Valencia, en su magnífico libro, adelanto así mi elevadísima valoración, reconoce encontrarse ante un método que, proveniente de una sociología con pretensiones científicas pero sólo descriptiva en el fondo (es afirmación mía, no sé si el autor compartiría esto conmigo enteramente), permanece enraizado en un sistema decimonónico de encuadrar la realidad y de, en cierto modo, obligarla a encaminarse hacia una lógica encuadratura entre límites clarificadores: “La idea de generación, [...], deviene hoy en arcaísmo necesario para explicar un mundo en donde las décadas marcaban las vidas, una época en la que el tiempo se ordenaba como las cajas o los libros sobre los anaqueles, en la trastienda de la historia. [...] Traemos aquí el concepto de generación como empresa de coincidencias”.

Se articula esta monografía, con razón, sobre el basamento de certidumbres provocado por la asunción del concepto de generación, pero consciente de su volatilidad el profesor Menéndez Alzamora apuntala con mayor seguridad su trabajo sobre tres pilares, permítaseme proseguir el símil arquitectónico, fundamentales: la comunidad de empresas culturales que ayudan a definir y dar vehículo a ideas y proyectos, la explicación de esas ideas sobre los elementos determinantes de la regeneración político-educativa española y la pretensión de europeización y, en tercer lugar y ante todo, el magisterio de Ortega.

Respecto de lo primero, cabe concluir que se ha preterido una visión de conjunto sobre el proceso cronológico y la génesis del movimiento; para ello se avanza en el texto apoyándose sobre las empresas, a la par, en encajada urdimbre, culturales y políticas, que supusieron la creación de las revistas *Faro* (febrero de 1908 a febrero de 1909), *Europa* (1910) y *España* (sólo 1915), en la época en que fue dirigido por Ortega, y los sucesos fundamentales de la formación del grupo Joven España (1910-1911), y tras marcar el camino sobre consignados mojones (la creación de la Residencia de Estudiantes en 1910, los avatares de la Conjunción Republicano-Socialista hasta su disolución en 1913 junto a la ilusión despertada por el reformismo de Melquíades Álvarez el año anterior y el Homenaje a *Azorín* en Aranjuez en el mismo año trece), el momento culminativo en la conferencia “Vieja y nueva Política” en el Teatro de la Comedia, el 23 de marzo de 1914, puesta de largo además para la Liga de Educación Política Española que apareció el año anterior. Con el paso de *España* a la dirección de Azaña, a fines 1915, y el estallido veraniego de la Guerra Mundial, con su hispánica polarización intelectualmente desgarradora, acaba el relato. Es pues una descripción atendida a unos eventos demasiado poco duraderos en el tiempo, como las dos primeras revistas, para tener espacio y detenimiento suficientes como para analizar los logros de toda una generación. Evidentemente el autor no nos hurta el fruto tardío de los componentes de este grupo, es decir, su madurez vital e intelectual, solamente ha

centrado su relato en los años de mayor cohesión, de mayor vivencia y unidad, en suma, de consistencia frente a otros. Así pues, la inacabada historia produce una distorsionada visión de otras aportaciones con toda evidencia novecentistas: desde las mismas empresas culturales más estrechamente orteguianas, como *El Sol* (1917) o *Revista de Occidente* (1923), hasta el mismísimo advenimiento de la República, cuyos políticos y dirigentes eran en su gran parte coetáneos o protagonistas de la misma generación, como Azaña, De los Ríos, Araquistáin, Sánchez Albornoz o el propio Ortega.

Aún más clarificador hubiera resultado conducirnos hasta la aparición de la generación siguiente, por contraste tan poco política en principio y tan cerrada y profundamente lírica; y más aún que no nos hubieran dejado huérfanos de conocer las relaciones estrechísimas de los intelectuales con los movimientos artísticos y todo el *environment* en que se desarrolló la trayectoria vital de la primera cifra significativa de españoles que, modernamente, salieron a estudiar a Europa en un número suficiente para que ese viaje resultara a la par iniciático y determinante para ellos y para el país. Por consiguiente, el giro indispensable hubiera consistido en demostrar las conexiones necesarias entre los pertenecientes al 14 español y aquellos grupos que el mismo autor describe al comienzo y al final de su libro en rápida pero justa comparación: desde la *Joven Turquía*, a su particular modo, a la *Giovane Italia* y, de ahí, al hondo magisterio de Barrès en *De Tarde y Massis*. Así lo prometía la primera cita biblio-

gráfica sobre el clásico libro de Wohl (*The Generation of 1914*, de 1979), pronto defraudada a cambio de una focalización mucho más intensa en los años primeros de formación y madurez, con sus concentraciones formativas y unanimidades, lo que infiere que el libro debe demasiado tal vez, y es uno de los pocos reparos que voy a señalar, a una tesis sobre la génesis del grupo del 14, cuyo título hubiera quedado más ajustado en esta publicación. Como correspondencia, las excelentes notas, cuya disposición final es algo que lamento y deploro y que en ningún caso denuncio como responsabilidad del autor toda vez que su oficio universitario le inclinaría al pie de página de un modo natural, denota desmayo en publicaciones académicas y en libros editados en los casi dos lustros descritos que, si bien parecen ajenos al componente puramente sociopolítico, son sin embargo claves para comprender los logros y frustraciones del mundo cultural-literario, filosófico y artístico de las primeras décadas del XX, cuyas vanguardias nacen en años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial. A cambio, podemos seguir con interés un apéndice cronológico muy completo, de gran utilidad, y una bibliografía con comentarios bastante actualizada que, sin embargo, el autor desaprovecha en el curso de su ensayo.

La segunda firmeza en que nos asentamos tiene que ver con el reconocimiento y análisis de la ideología representada en los artículos de las revistas reseñadas y en las presencias públicas de la generación del 14. Sorprende, sin embargo, la aceptación

presuntamente sin complejos ni debates del regeneracionismo de Costa oscilando sobre los vaivenes de Unamuno en doble paternidad de las ideas de Ortega o de Pérez de Ayala, por señalar, acerca de la europeización de España y de su regeneración sociopolítica desde los mismos fundamentos del Estado hasta la reintegración de los ciudadanos en un nuevo orden moral, educativo e incluso físico, a través de la higiene, la alimentación o el deporte. Es cierto que en *Faro* o en *Europa* hay un deseo de transformación, una llamada a la “juventud intelectual” como fuerza motora de la cansada maquinaria de la Restauración a la que se juzga muerta y enterrada, incapaz de una sola iniciativa. El debate político no parece cegar sino unir en su seno, un deseo de provocar también un debate más amplio en todos los niveles de la sociedad: desde la ciencia a la sensibilidad artística, estragada por un alcanforado y soporífero romanticismo finisecular. El influjo de la Institución Libre de Enseñanza, ya veterana, o del Krausismo denostado por Menéndez Pelayo, aparecen demasiado poco en estas páginas, deseosas de entrar rápidamente en la descripción y análisis de los contenidos ideológicos de un momento que, sin el impulso modernizador de Giner de los Ríos, o los intelectuales del entresiglos, no hubieran podido nunca girar su nuca definitivamente hacia un prometedor siglo XX, pronto frustrado por violencias inusitadas. En primer lugar, cuando estos aprendices de políticos de salón, hubieron de vérselas con la realidad de los movimientos reivindicativos ensal-

zados frente a la Ley de Represión, con la Semana Trágica, en los disturbios antibélicos que suscitaba la cuestión marroquí o en la reivindicación de las masas para las que ellos estaban en condiciones de ofrecer ese “cirujano de hierro” que por desgracia algunos países acabamos por tener en su versión trágica y cruelmente irónica. Más inquietante nos hubiera parecido la respuesta si el autor se hubiera atrevido a esbozar qué público de adeptos aspiraban a ganar con un elitismo cultural que hoy parece políticamente “incorrecto”. Tal vez el experimento de la Conjunción y el protagonismo que tomó Álvarez y su Partido Reformista fueron la primera experiencia real de poder asumir un protagonismo político para realizar su ideario, en principio poco partidista. La frustración y la necesidad de tomar partido por diversas opciones políticas, en aquel momento radicalizadas, impulsó la creencia en el fin de la comunidad de intereses de los integrantes del 14. La Gran Guerra, coherentemente con el impulso europeizador que les había unido, les obliga a situarse a favor de los aliados o de las potencias centrales por efecto del primer apoyo a las democracias y el factor de la Revolución Rusa de Octubre. Tales procesos adquieren después proporciones atomizadoras en cuanto a la variedad de opciones del pensamiento político que Menéndez Alzamora resume en tres académicamente: el conservadurismo, el izquierdismo y el liberalismo, con todos los matices posibles. Y ahí se frena abruptamente, abandonando a su suerte la evolución concreta del ideario político común del 14 en cada

uno de estos jóvenes a cambio de una expectativa resumida a manera de conclusión.

Habiendo representado aquellas primeras bases los dos apoyos radicales de este ensayo, por su coherencia, la destreza demostrada por su autor y el vasto dominio del momento socio-político, no es menos cierto que el tercio se completa y se explica bajo lo que antes he llamado el magisterio de Ortega. Es decir, las ideas, la comunidad de intereses, el protagonismo, incluso biológico, o el marco posible de discusiones filosóficas de toda una generación confluyen y discurren bajo los parámetros de una sola persona que condiciona de tal manera que incluso, arquitectónicamente, esta edición aparece dominada y partida por un cuadernillo de fotografías en su mayor parte de la vida de Ortega, que parece ceder equívocamente un lugar de preeminencia y respeto a *Azorín* en la cubierta, impresa con la muy reproducida imagen de la primera redacción de *Europa* en 1915. Para Menéndez Alzamora fue Ortega el “vértice aglutinador” de esta “aventura intelectual”. Y no un Ortega cualquiera, sino el joven profesor todavía constreñido por el neokantismo aprendido en su primer viaje a Marburgo, en cuya Universidad se leía a Kant, Descartes, Platón y Leibniz, y en donde la Cultura era todavía considerada la verdadera Realidad del hombre. Ese profesor, decíamos, que se acerca al socialismo con ideales casi saint-simonianos, como indica Alzamora, que se haya en constante lucha para construir un nuevo marco político, que cree en la labor dinamizadora y renovadora de la Cultura, pre-

sente en tribunas y periódicos en medio del “muera Maura”, trasunto literario del “¡Maura, no!” en boca de los modernistas de *Luces de bohemia*. No es el mismo, evidentemente, que al retornar del segundo viaje a Marburgo vuelve con su bagaje repleto de nuevas inspiraciones que, a través de Brentano, Scheler o Husserl, provocan una evolución interna hacia la fenomenología que pronto iluminará con escritos radicales. Una historia bien contada por muchos especialistas en la que no incidiré, pero de la que resaltaré la conversión del marco vital individual en el centro sobre el que se extiende la conciencia de que filosofar es circunstancializar, como abrevió Marías. La cultura viva de Simmel y la pedagogía social, idea inspirada en Natorp, estallan en proyectos, libros (las *Meditaciones* del 14) y artículos. Ya que *Faro* o *Europa* no pudieron asistir a esta novedosa aparición del vitalismo orteguiano, se nos inclina a reconocer en los números de estas publicaciones el espíritu orientador del europeísmo y el afán científico del neokantismo en algunas colaboraciones: destaco la de Maeztu que, al reconocer en la nueva generación una inclinación a lo sistemático y científico, provoca una conciencia de trasvase generacional y de identidad.

La presencia de Ortega se lee simbólicamente hasta en la aparición del grupo Joven España, cuya presentación pública del 16 de julio de 1910, con un manifiesto de poca consistencia incluso escrituraria, es considerada el acta fundacional de la generación del 14. Menéndez Alzamora dibuja la sombra del filósofo en un segundo plano como

espectador de la iniciativa de Barcia, Gómez Hidalgo y Pérez de Ayala, que raudamente apostolaron desde su madrileñismo al resto de España con fortuna pronta pero efímera. Como casi siempre, la expectativa frustrada acabó en conflictos internos, muy similar al fin de *España* y a muchas iniciativas que, faltas de apoyo oficial y popular, murieron de sí mismas. O sencillamente por desenfocadas por la pretensión excesiva y la separación entre los problemas analizados por los intelectuales y el país real, con su más del 40% de analfabetismo. Es cierto que el Homenaje a *Azorín* de noviembre del 13 por el rechazo de la Academia tuvo eco en la prensa, que se preguntó allí dónde estaba España, que por un instante pareció que el maestro les entregaba el testigo del regeneracionismo en un encuentro feliz entre el 98 y el 14, y que Ortega habló alto y claro recostándose sobre cierto elitismo intelectual en su discurso que emocionó tanto a Gómez de la Serna, apellidándole “capitán del futuro español”. También fue motivo de gran debate el banquete del Partido Reformista, exactamente un mes anterior, en el Palacio, al que incluso acudió Galdós, recibido como un Homero casi silente, heraldo de otros tiempos.

Menéndez Alzamora no inventa la presencia de Ortega y su reconocimiento en todas esas iniciativas y empresas culturales pero en ninguna es tan radical su aportación como en la presentación de la Liga de Educación Política Española, el 23 de marzo del 14, con la conferencia “Vieja y nueva política”. Con o sin “Prospecto” previo del año 13, la conferencia ha quedado para la

historia política de este país como el momento en que los intelectuales reconocen por fin que su presencia pública requiere algo más que pronunciamientos o visitas simbólicas a ciudades ya lejanamente amotinadas. La quiebra entre la España vital y la oficial precisa de una cura desde el mismo impulso radical del individuo, convirtiéndose el yo personal en el garante de la “sustancia nacional”. El diagnóstico acertado de Ortega comunica por igual a varias generaciones —aquí se encontraba Antonio Machado, por ejemplo—, presiona sobre las mismas conciencias, pero las soluciones propuestas aquella noche, como muy bien se refleja en este volumen a partir de los comentarios variopintos de la prensa (pp. 253-259), tales como la *salvación* en su libro sobre el *Quijote*, remiten a un contexto filosófico, proclive al encuentro de elites culturales o académicas, que la tozudez conflictiva de la sociedad española y europea se encargaron de frustrar. La vía del liberalismo social y de la nacionalización de los problemas patrios, esto es, el planteamiento de lo sustancial en busca del bien común de España escaso daño podía crear en las conciencias y en los intereses creados de las clases dirigentes. De ahí muchas ilusiones rotas que disolvieron unanimidades y relaciones personales como las de Azaña y Ortega. La presencia del conflicto bélico fue una rémora constante para *España*, donde las contradicciones orteguianas entre su germanismo culturizador y su proclividad aliadófila, necesariamente política, precisaron de una labor constante de clarificación.

Esa última clave, tan difícil de desenrañar por aparentemente eficaz, suscita en mí una duda que parece contradecir el sentir del profesor Menéndez Alzamora. ¿Estamos ante una generación, no un grupo, tan dependiente de la evolución de un único actor, por protagonista o decisiva que fuera su presencia, que sin duda lo fue, como para concluir que a ésta debemos reconocerla sustancialmente como la generación de Ortega? La estructura de este ensayo y su conclusión final dejan demasiado al margen todo el cuidadoso armazón filosófico que Ortega fue estructurando a favor de una proclividad al encuentro y la actuación política nacidos de un impulso renovador que parece originarse en Costa y traspasar a Unamuno, lo que quiere significar que ni es ésta la única generación alentada por un deseo de reforma patrio ni tampoco la primera. Más aún, la pretensión modernizadora de España, su puesta al día, nació también entre los derrumbes decimonónicos, hasta tal punto que no queda claro si el 14 es ya la verdadera respuesta de la intelectualidad siglo XX a los problemas del siglo XX. O si por confusión, tantos nacimientos, tantos hitos en ese camino, tantas frustraciones, no son en consecuencia hijos de un diagnóstico sobre otro diagnóstico, tan natural, debemos reconocerlo, en movimientos muy señaladamente autocomplacientes. ¿Cuál fue entonces la señal en la frente, la marca distintiva del 14? Sin el repaso a toda la aventura creadora —pintores, músicos, escritores proto-vanguardistas, filólogos, científicos—, responsable de una nueva mirada sobre el objeto estético, a la que conducirían

quizás los efectos de la fenomenología orteguiana, no es fácil responder a una pregunta insidiosa. Ni siquiera parece unánime el reconocimiento de sus miembros entre sí: ¿olvidamos las rencillas políticas como base de crudas polémicas o la pura invectiva, por ejemplo de Pérez de Ayala sobre la "fama" filosófica de Ortega en *Troteras y danzaderas* de 1913? Aceptando el magisterio orteguiano, como el mismo Pérez de Ayala sancionó en varias ocasiones incluida este libro, el esfuerzo acumulado de toda una vigorosa juventud, no lo olvidemos, acompañada de sus mayores, parece dominado por un *mandarín*, concepto tan odiado por el mismo Ortega, a través de cuyo metafórico cuello de botella habrían de haberse retorcido toda progresión cultural inmatizada de aquellos años para confluir en un *mare Nostrum* sin salida.

Al comienzo de esta reseña exponía mis reparos al concepto de generación.

Este libro no los ha solucionado. Juzgo en él una sistematización y un modelo de análisis excelentes, concentrando una amplia y altamente informada visión en una serie de actos y publicaciones que señala como alda bonazos y *flashes* en cuyas instantáneas ha imbricado un discurso muy cerrado en torno a una nómina demasiado parca que conforme iba centrándose en Ortega se estrechaba aún más. El método, como en el ensayo presente, supone una solución acertada y una restricción autoimpuesta. Desde esta reseña solicito encarecidamente al profesor Menéndez Alzamora que continúe la magnífica labor emprendida y no considere esta investigación cerrada, ampliando sus objetivos a años posteriores, lo que podría justificar o matizar, y he ahí mi duda inicial y un nuevo debate, la centralidad dominadora de Ortega.